

Coronación de Carlos V de Francia y su esposa Juana de Borbón (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). El llamado "rey astuto" era muy diferente de sus antecesores: sus manos semiparalizadas lo distanciaban del campo de batalla y su espíritu prudente, acompañado por una mediana inteligencia, se oponía a la actuación de los reyes caballerescos. Su reinado significó un gran alivio para Francia.

Guerra de los Cien Años

por SANTIAGO SOBREQUÉS VIDAL

La Edad Media europea se cerró con un fatídico broche de sangre: el inacabable conflicto que enfrentó a las monarquías francesa e inglesa desde mediados del siglo XIV hasta mediados del XV, la guerra de los Cien Años.

Aunque aparentemente se trató de un conflicto dinástico: la pugna entre Capetos y Plantagenet por la corona de Francia, en realidad lo que se dirimió fue la posibilidad de formación de una gran monarquía franco-inglesa, la cual, de haberse consolidado, habría sido, por su extensión, población y recursos económicos, la potencia hegemónica del mundo occidental. Pero no se consolidó; el nacionalismo veló por sus fueros y a la postre el canal de la Mancha aseguró su papel de separador de las dos nacionalidades de Francia e Inglaterra.

En el fondo, la guerra de los Cien Años fue la última etapa de la gran pugna franco-inglesa iniciada ya en los tiempos de Enrique II Plantagenet, a mediados del siglo XII, y cuyo primer período, que algunos historiadores llaman la *Gran Guerra de Occidente,* se desarrolló con intermitencias hasta la paz de París en 1259. De forma que, vista a través de este prisma, podría decirse que la guerra de los Cien Años fue el segundo gran capítulo de la guerra de los Trescientos Años, si bien separados ambos períodos bélicos por una prolongada tregua de tres cuartos de siglo (desde 1259 hasta 1337). Por otra parte, la guerra de los Cien Años, al igual que la Gran Guerra de Occidente, no consistió en un siglo de lucha continua, sino en un rosario de etapas bélicas separadas por largas treguas y períodos de paz.

En realidad, la cuestión sucesoria planteada a la muerte sin sucesión masculina del

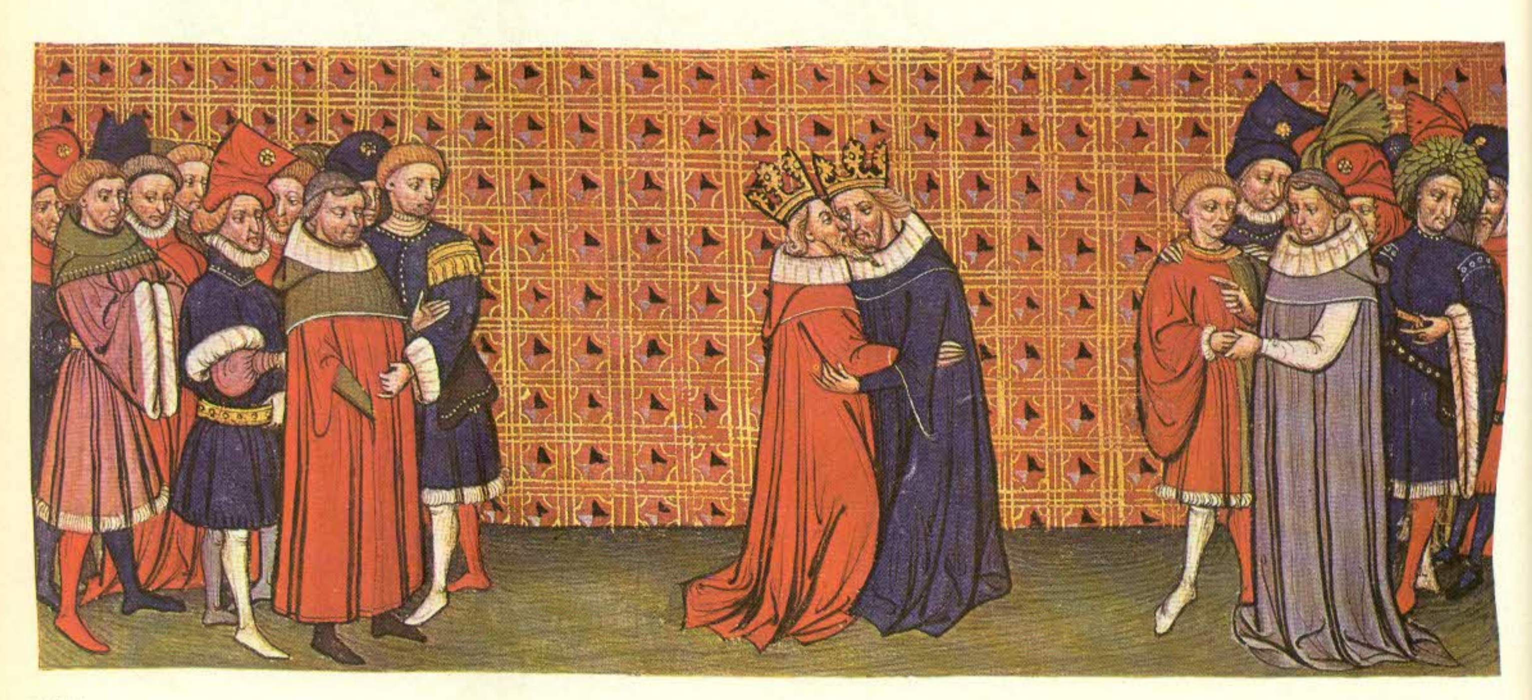


Sello de Felipe VI de Francia (Archivos Nacionales, París). El primer Valois francés tuvo unos comienzos de reinado muy movidos, en los cuales se creó la enemistad de los flamencos y del conde Roberto de Artois, quien, refugiado en Londres, no cesó de presionar a Eduardo III para que reivindicara la corona de Francia.

último de los hijos (Carlos IV) de Felipe IV el Hermoso en 1328 es un hecho secundario como causa del conflicto. Lo importante fue la permanencia de dominios de los reyes ingleses en el suelo de Francia, pese a los sustanciales recortes sufridos en tiempos de Felipe Augusto y Luis el Santo y las consecuencias de todo orden, y muy especialmente en el económico, derivadas de tal situación. Así, la conservación de la Guyena representaba para Inglaterra, tan pobre en viñas, el aprovisionamiento cómodo y abundante de los vinos bordeleses. Pero mayor importancia revestía aún la cuestión de Flandes, cuyas prósperas industrias textiles se surtían casi exclusivamente de las lanas inglesas. Tales vínculos económicos entre Flandes e Inglaterra hallábanse en flagrante contradicción con la situación política, ya que el conde de Flandes era vasallo del rey de Francia. En caso de conflicto podía el conde prohibir o gravar la importación de las lanas inglesas y causar un grave quebranto a la economía inglesa, aunque al precio de arruinar también su propia industria. O, viceversa, podía el soberano inglés suspender la exportación arruinando la industria flamenca, aunque también a riesgo de ocasionar un gran perjuicio a la economía de su propio país.

La rica y numerosa burguesía flamenca se inclinaba naturalmente hacia Inglaterra, en cuya amistad veía asegurado el suministro de materia prima próxima y barata, a la vez que un notable mercado adquisitivo de sus telas (ya que no abundaban en Inglaterra las industrias textiles, que eran, en cambio, numerosas en Francia). Los reyes ingleses habían apoyado las frecuentes rebeliones de los burgueses de Flandes contra su conde (así, recientemente la de Brujas contra el conde Luis de Nevers en 1328, ahogada en sangre en Cassel gracias a la intervención del rey de Francia).

Por esto fue en Flandes donde se inició la guerra, y cuando en 1337 Eduardo III reclamó solemnemente la corona de Francia, pocos meses antes el conde de Flandes había ordenado la detención de todos los ingleses residentes en el país y Eduardo había respondido suspendiendo la exportación de lanas, lo que provocó el cierre de muchos talleres flamencos y un levantamiento general, dirigido por Gante, al grito de *¡Libertad y trabajo!* El conde Luis de Nevers tuvo que huir



Entrevista de Eduardo III de Inglaterra y Felipe VI de Francia (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). Aquellos principios ensoberbecieron al rey francés hasta tal punto, que pretendió mandar una cruzada, para la cual preparó una armada en Marsella, y exigió que su primo Eduardo III le prestara vasallaje.

a Francia y la burguesía flamenca, bajo la dirección de un jefe excepcional, Jaime van Artevelde, estructuró el país en una especie de confederación de repúblicas municipales bajo la protección del monarca inglés, reconocido como rey de Francia. En febrero de 1340, Eduardo III desembarcó en Flandes y en junio su escuadra barrió la flota francesa en el puerto de La Esclusa, asegurando el libre tráfico por el canal. Los paños flamencos fueron eximidos de tasas de entrada en los puertos ingleses.

Esencialmente, la guerra de los Cien Años puede considerarse dividida en dos largos períodos bélicos, separados por una etapa de forzada inactividad a causa de profundas crisis en ambas monarquías. Y cada uno de aquellos dos grandes períodos bélicos se subdivide curiosamente en dos subperíodos similares: uno de ofensiva inglesa y otro de reacción francesa.

Pese a la derrota de La Esclusa, el conde de Flandes, con el apoyo de la nobleza territorial flamenca y, desde luego, de Felipe VI de Francia, aprovechó el antagonismo entre



Felipe VI de Francia recibe el homenaje de Eduardo III de Inglaterra (Biblioteca Nacional, París). Al negarse Eduardo a pactar la paz con los escoceses, como pretendía Felipe VI, éste quiso castigar al rey inglés y ordenó que la armada de Marsella pasara a Normandía.

Vista parcial de Crécy, en cuyas inmediaciones se dio la primera batalla de la guerra de los Cien Años, en que los arqueros ingleses dieron cuenta de la caballería francesa.



Los burgueses de Calais, en una miniatura del siglo XV (Biblioteca Nacional, París) y en la versión del escultor Rodin (jardines del Parlamento Británico, Londres). Tras la batalla de Crécy, Eduardo III sitió la ciudad de Calais. Seis burgueses, vestidos tan sólo con una simple camisa y con el dogal al cuello, se entregaron ellos y las llaves de la ciudad a la benevolencia de Eduardo III. Éste quiso matarlos, pero salvaron sus vidas por intercesión de la reina.

la pequeña burguesía gremial y el patriciado de las grandes urbes flamencas para restablecer la situación. Dificultades económicas impidieron a Eduardo III sostener eficazmente a Artevelde, quien acabó por morir asesinado en un motín (1345). Gobernante frío, sin nervios, realista en extremo (su máxima era "las cosas son como son" *–it is that is it–*), Eduardo III no se movía por impulsos. Hasta el verano de 1346 no se creyó preparado para desembarcar en el suelo francés.

Aunque la posesión de la Guyena le proporcionaba una cabeza de puente en el país, era demasiado excéntrica para facilitar un rápido acceso al corazón de Francia. Eligió un camino mucho más corto y desembarcó en el Cotentin (no lejos del lugar donde siglos más tarde desembarcarían los aliados, con Eisenhower), saqueó Caen y llegó rápidamente hasta los alrededores de París, desguarnecida por el ejército francés, que se había dirigido hacia el Sur, atraído por una hábil maniobra de amago de invasión inglesa desde la Guyena. Sin embargo, era imposible, dados los medios bélicos de la época, tomar por la fuerza de las armas una capital como París. Por el momento, el verdadero objetivo de Eduardo era Flandes, de modo que se desvió hacia el Norte, cruzó el Somme junto a Abbeville, y en Crécy, en el camino de Dunquerque, ocupó excelentes posiciones en es-

pera de la caballería francesa que venía a su alcance. Las impetuosas pero alocadas cargas del brillante ejército francés se estrellaron ante los sólidos atrincheramientos de la artillería y la ballestería inglesas, que sembraron el desconcierto y la muerte en las filas de los atacantes. Crécy (26 agosto 1346) fue una calamitosa derrota francesa, que permitió a Eduardo III sitiar a Calais y obtener su capitulación en 1347. Inglaterra conservaría la plaza durante siglos.

Sin embargo, el fracaso del levantamiento de Flandes y la falta del apoyo que esperaba del emperador de Alemania obligaron al cauteloso Eduardo a acceder a una tregua (tregua de Calais, 1347), que había de durar siete años, durante cuyo transcurso falleció el frívolo y superficial Felipe VI (1350), sucediéndole su hijo Juan el Bueno. Era éste un príncipe valeroso pero mediocre, que estuvo dominado por su yerno el rey de Navarra Carlos d'Evreux (conocido generalmente por Carlos el Malo). En 1349, el nuevo conde de Flandes Luis de Mâle, sucesor de su abuelo Luis de Nevers, fallecido en 1346, pudo tomar Gante y recuperar definitivamente el trono de su país.

Reanudada la guerra en 1354, el príncipe



Juan II el Bueno, rey de Francia, en pintura atribuida a Girard de Orleáns (Museo del Louvre, París). Este rey acumuló quizá más torpezas que Felipe VI, pero su política se vio entorpecida por las ambiciones de su yerno, el rey de Navarra Carlos, llamado el Malo.

El rey francés Juan el Bueno y la Orden de la Estrella (Biblioteca Nacional, París). En el ambiente de la época, a pesar de los malos resultados que estaba dando, flotaba aún la aureola de la caballería. Así, Juan el Bueno fundó esta Orden, que estaría formada por "jinetes de valor y nobleza bien probados". Eduardo III de Inglaterra, por su parte, creó la de la Jarretera.

Banquete de mediados del siglo XIV. Obsérvese que mientras los criados sirven arrodillados, unos músicos amenizan la comida (Biblioteca Nacional, París).

de Gales Eduardo, llamado el Príncipe Negro por el color de su armadura, militar de grandes dotes, asoló desde Burdeos el sur de Francia hasta el Languedoc y, dirigiéndose luego hacia el Norte, destrozó en Poitiers (19 septiembre 1356) al ejército de Juan el Bueno, quien, para colmo de desgracia, cayó prisionero y fue conducido a Londres, donde viviría en un dorado cautiverio. Poitiers, como antes Crécy, representó el fracaso de la anacrónica caballería feudal, a la que seguía aferrada la caballeresca y frívola monarquía de los Valois, frente a las masas de infantería pesada provista de armamento moderno y eficaz del ejército del práctico y realista Eduardo III.

La ausencia del monarca cautivo y la poca edad de su heredero Carlos abrieron para la monarquía francesa un período crítico entre 1356 y 1360, durante el cual Francia ensayó, sin éxito, un sistema parlamentario, experimentó una revolución política burguesa y otra social campesina, mucho más sangrienta, y finalmente sufrió la dictadura de Carlos el Malo.

Convocados para acordar subsidios los Estados Generales, una gran personalidad, Esteban Marcel, preboste de los mercaderes de París, intentó llevar a la burguesía a un lugar preeminente en la dirección de la monarquía y convertir los Estados Generales en una verdadera asamblea política al estilo del Parlamento inglés o las Cortes de los estados



Espada de las fuerzas de Infantería (Museo del Ejército, París).



Juan el Bueno llevado al cautiverio (Biblioteca Nacional, París). En la batalla de Poitiers, el rey francés cayó prisionero de los ingleses y fue conducido a Londres. Su ausencia fue terrible para Francia, pues su hijo Carlos encontró dificultades para ser reconocido como regente y la burguesía de París intentó ocupar la dirección del país; este movimiento pasó a las masas campesinas y la "Jacquerie" fue una revuelta señorial que saqueó e incendió castillos.

de la Corona de Aragón. En efecto, los Estados Generales votaron la elección de una comisión encargada de exigir responsabilidades por los fracasos militares y consiguieron del joven regente, el príncipe Carlos, la promulgación de la *Gran Ordenanza de 1357*, que instituía amplias reformas administrativas que, de todas formas, afectaban muy poco la solidez de la autoridad real. Pero seguidamente disolviéronse los Estados Generales dócilmente, malográndose, por falta de preparación política, una ocasión de estructurar la monarquía francesa en un régimen constitucional.

Fracasados, pues, los Estados Generales, Marcel intentó encauzar las aspiraciones políticas de la burguesía a través de sólidos gobiernos municipales a imagen de las poderosas comunas flamencas de Artevelde. Excepcional líder político, Marcel estructuró la burguesía parisiense no sólo como fuerza política, sino también como una disciplinada fuerza militar, dotándola incluso de un emblema de unión: la caperuza rojiazul (colores que, unidos al blanco de la monarquía, serían el origen de los colores nacionales franceses). El movimiento burgués trascendió a algunas otras ciudades, pero no pasó de ser esencialmente un movimiento parisiense, y éste fue uno de los principales motivos de su fracaso. En febrero de 1358, los *chaperons* invadieron el palacio del regente, asesinaron a los mariscales de Champagne y Normandía, consejeros del regente y reputados responsables de las derrotas, e impusieron al joven heredero Carlos la caperuza rojiazul.

Simultáneamente se desencadenó en el Beauvaisis y en la comarca de Compiègne, con extensiones esporádicas en la Champagne y la Picardía, un levantamiento campesino cuya extensión y gravedad han sido exagerados. Las masas campesinas, los *jacques* (los cualesquiera), se lanzaron por espacio de veinte días (mayo-junio 1358) a una violenta revuelta antiseñorial, con su triste secuela de saqueos e incendios de castillos, violencias y asesinatos, y la brutal represión señorial subsiguiente, dirigida por Carlos el Malo. El movimiento de la *jacquerie,* falto de unidad, de jefes y de programa concreto, fue, pues, fácilmente reprimido y produjo el resultado imprevisto de situar a Carlos el Malo, reputado como el paladín del orden, en el primer plano político.

Así, tres personalidades, representando cada una de ellas fuerzas considerables del país, iban a disputarse la dirección de los destinos de Francia, huérfana de monarca. De un lado, Marcel con la burguesía parisiense y su ideología parlamentaria; del otro, el intrigante monarca navarro, con el prestigio del restablecimiento de la autoridad y el

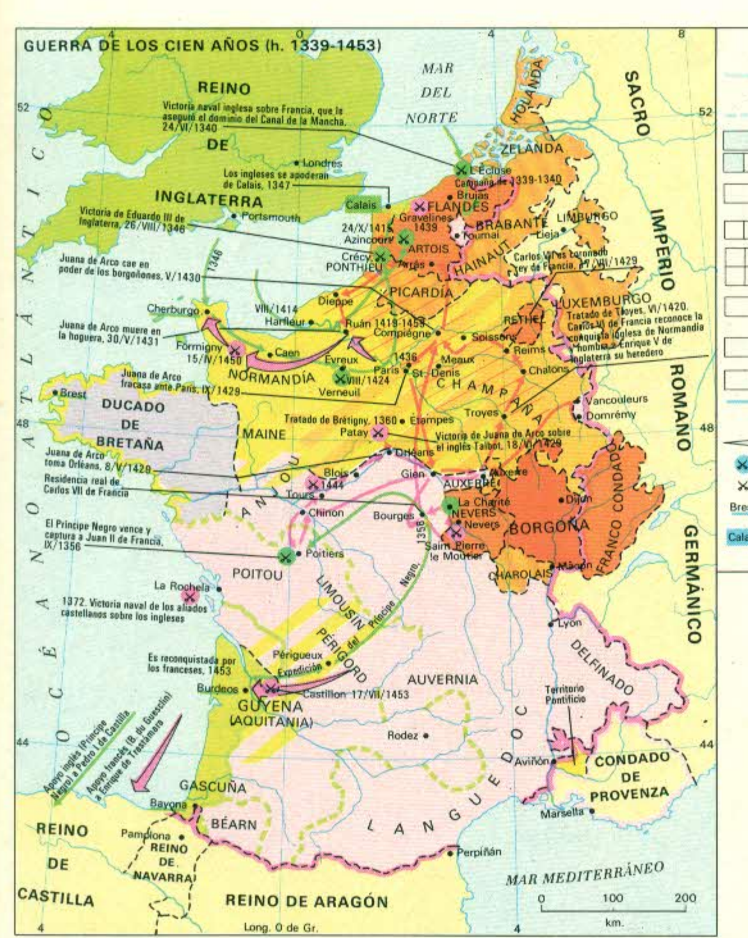
Carlos II de Navarra, el Malo, ante Juan II de Francia, el Bueno (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). El rey de Navarra sofocó con rapidez el movimiento de la "Jacquerie" y pudo así aparecer como el paladín del orden.

soporte de la pequeña nobleza territorial, y entre ambos el joven regente Carlos, hasta ahora figura insignificante, anulada al parecer por la personalidad de Marcel y Carlos d'Evreux. En realidad, el regente, aparentemente el más débil, contaba con la simpatía de las grandes masas del país, sinceramente monárquicas, que identificaban la realeza con el patriotismo y la resistencia contra el invasor inglés. Este factor y los recursos de su inteligencia y habilidad (que le valdrían, una vez rey, el sobrenombre de Carlos V el Astuto) diéronle la victoria final contra sus rivales.

Marcel cometió el doble error de confiar en la sinceridad constitucional del regente y de conferir a Carlos el Malo, para granjearse su apoyo, la capitanía de París. El regente huyó de la capital hacia Compiègne y convocó los Estados de Champagne, que le concedieron sin regateos los subsidios solicitados. En París, la impopularidad de Carlos el Malo, cuyos contactos con los ingleses (con el fin de conservar sus feudos patrimoniales normandos de la casa de Evreux) eran harto conocidos, minó considerablemente el prestigio de Esteban Marcel, quien acabó asesinado por un realista fanático (julio 1358). Allanado el camino, el regente pudo regresar a París y dedicar su atención a la defensa contra Eduardo III, que asolaba la Borgoña. Siempre realista, Eduardo comprendió que la situación había cambiado y aceptó la paz de Bretigny (1360), por la que renunciaba a sus aspiraciones al trono francés a cambio de un enorme lote territorial (Agenés, Quercy, Roerga, Gascuña, Bigorra, en el mediodía, y Ponthieu, Guines y Calais en el Norte) que, unido al que ya poseía (Guyena, Lemosin, Périgord, Angulema y Saintonge), le conver-



Reverso de un dinero de oro llamado "franc-à-pied" (Gabinete de Medallas; Biblioteca Nacional, París).









Florín, real y "franc-à-pied", monedas del siglo XIV (Biblioteca Nacional, París).

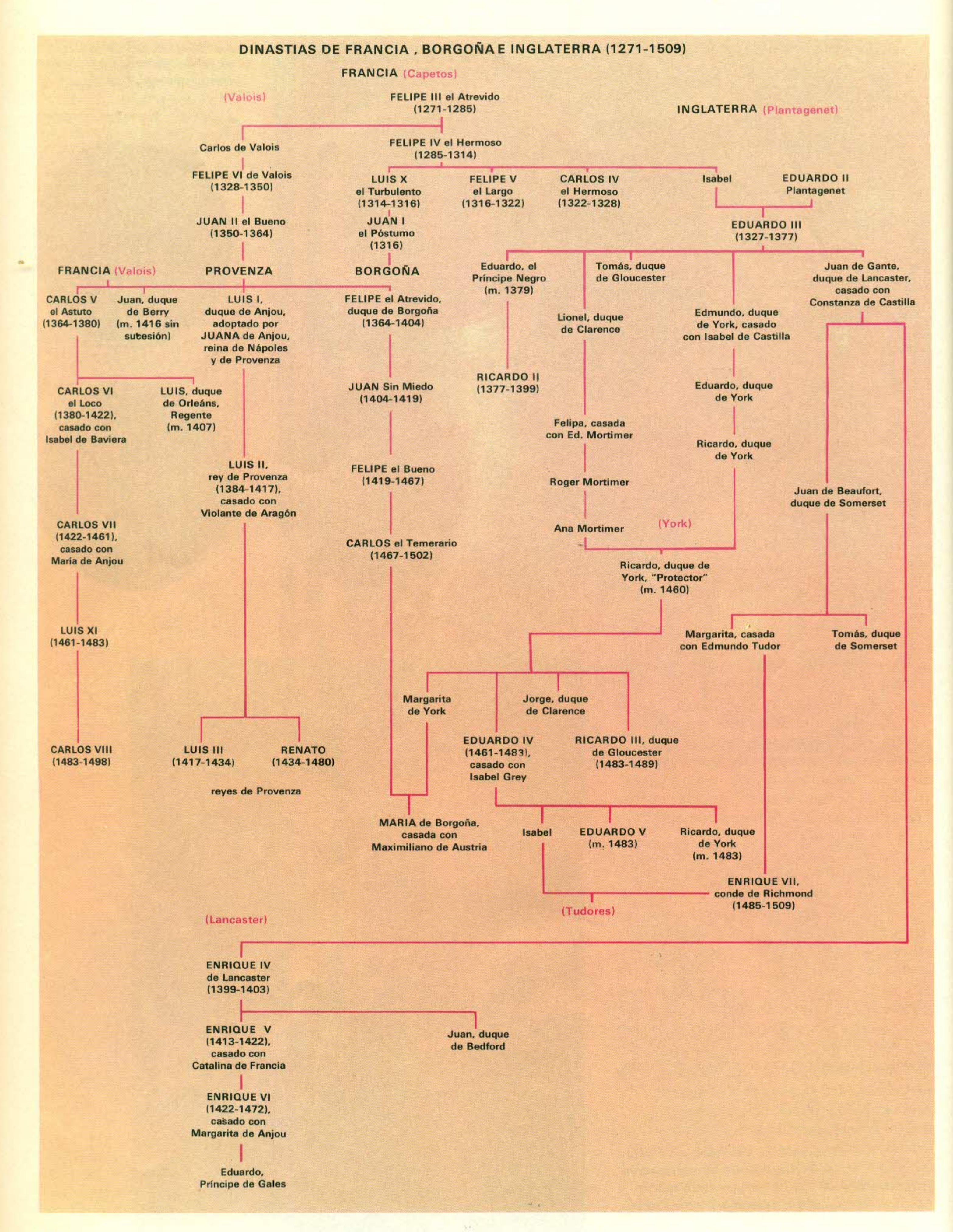
tía en soberano de media Francia. Se restablecía prácticamente la situación anterior a los tiempos de Felipe Augusto, pero Francia necesitaba una cura de reposo para restablecerse de sus dolencias.

Con la paz pudo regresar Juan II el Bueno de su tranquilo cautiverio, pero no gozaría mucho tiempo de su recuperada corona, pues fallecía en 1364. El regente devenía Carlos V, rey de Francia.

El nuevo monarca, que había demostrado su habilidad resolviendo la crisis anterior, poseía una lúcida inteligencia y una admirable tenacidad. Enfermizo y enclenque, su morigeración, serenidad y espíritu metódico asemejábanle más a Luis el Santo que a sus mediocres antecesores Valois. Aleccionado por la experiencia, Carlos V sacó del ensayo parlamentario, aun repudiándolo, la enseñanza de que el monarca debía ser, más que el dueño, el gerente de la nación. Supo rodearse de consejeros capaces (Raúl de Presle,



Entrada de Carlos V en París, poco después de su coronación (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París).


DINASTIAS DE FRANCIA , BORGOÑA E INGLATERRA (1271-1509)
FRANCIA (Capetos)
(Valois)
FELIPE III el Atrevido (1271-1285)
INGLATERRA (Plantagenet)
Carlos de Valois
FELIPE IV el Hermoso (1285-1314)
FELIPE VI de Valois (1328-1350)
LUIS X el Turbulento (1314-1316)
FELIPE V el Largo (1316-1322)
CARLOS IV el Hermoso (1322-1328)
Isabel
EDUARDO II Plantagenet
JUAN II el Bueno (1350-1364)
JUAN I el Póstumo (1316)
EDUARDO III (1327-1377)
FRANCIA (Valois)
PROVENZA
BORGOÑA
Eduardo, el Príncipe Negro (m. 1379)
Tomás, duque de Gloucester
Juan de Gante, duque de Lancaster, casado con Constanza de Castilla
CARLOS V el Astuto (1364-1380)
Juan, duque de Berry (m. 1416 sin sucesión)
LUIS I, duque de Anjou, adoptado por JUANA de Anjou, reina de Nápoles y de Provenza
FELIPE el Atrevido, duque de Borgoña (1364-1404)
Lionel, duque de Clarence
Edmundo, duque de York, casado con Isabel de Castilla
RICARDO II (1377-1399)
CARLOS VI el Loco (1380-1422), casado con Isabel de Baviera
LUIS, duque de Orleáns, Regente (m. 1407)
JUAN Sin Miedo (1404-1419)
Eduardo, duque de York
Felipa, casada con Ed. Mortimer
Ricardo, duque de York
LUIS II, rey de Provenza (1384-1417), casado con Violante de Aragón
FELIPE el Bueno (1419-1467)
Roger Mortimer
Juan de Beaufort, duque de Somerset
CARLOS VII (1422-1461), casado con María de Anjou
CARLOS el Temerario (1467-1502)
Ana Mortimer
(York)
Ricardo, duque de York, "Protector" (m. 1460)
LUIS XI (1461-1483)
Margarita, casada con Edmundo Tudor
Tomás, duque de Somerset
Margarita de York
Jorge, duque de Clarence
CARLOS VIII (1483-1498)
LUIS III (1417-1434)
RENATO (1434-1480)
reyes de Provenza
EDUARDO IV (1461-1483), casado con Isabel Grey
RICARDO III, duque de Gloucester (1483-1489)
MARIA de Borgoña, casada con Maximiliano de Austria
Isabel
EDUARDO V (m. 1483)
Ricardo, duque de York (m. 1483)
ENRIQUE VII, conde de Richmond (1485-1509)
(Tudores)
(Lancaster)
ENRIQUE IV de Lancaster (1399-1403)
ENRIQUE V (1413-1422), casado con Catalina de Francia
Juan, duque de Bedford
ENRIQUE VI (1422-1472), casado con Margarita de Anjou
Eduardo, Príncipe de Gales

el sabio Nicolás Oresme, el canciller y escritor Felipe de Mezières), llamados los *políticos,* para quienes el gobierno era una verdadera ciencia con sólida base económica. Una excelente administración restableció el país de las heridas de la guerra. En el aspecto bélico, otro acierto de Carlos el Astuto fue confiar el mando de los ejércitos (la condestablía de Francia) a Bertrand du Guesclin, sencillo caballero gascón dotado de gran experiencia y cualidades militares, que aprovechó la paz con los ingleses para liquidar cuentas con Carlos el Malo. Derrotado en diversas acciones, el rey navarro tuvo que aceptar el tratado de Aviñón (1365), renunciando a sus feudos normandos a favor de la corona de Francia.

La duración y envergadura de la guerra había obligado a los contendientes a la recluta de abundantes milicias mercenarias, las *compañías,* integradas por gentes de muy diversa procedencia. La paz de Bretigny y el tratado de Aviñón hacían de tales compañías, ya innecesarias, algo sumamente gravoso para el erario y peligroso para la paz pública. Es elocuente el hecho de que el nombre de los miembros de las compañías, *brigands,* derivado de una pieza de su armamento, la *brigandine,* se hiciera sinónima de bandido. Carlos V encontró una excelente oportunidad para alejar de Francia a las compañías en la guerra civil castellana entre Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara. Du Guesclin pasó al frente de las compañías, que en Castilla se llamaron *blancas,* al servicio de Enrique de Trastámara, aliado de Carlos V, mientras el Príncipe Negro, al frente de las *compañías negras,* pasaba al servicio de Pedro el Cruel (1365). La victoria final de Enrique y su entronización (Enrique II) valió al rey de Francia un buen aliado para el futuro de la guerra.

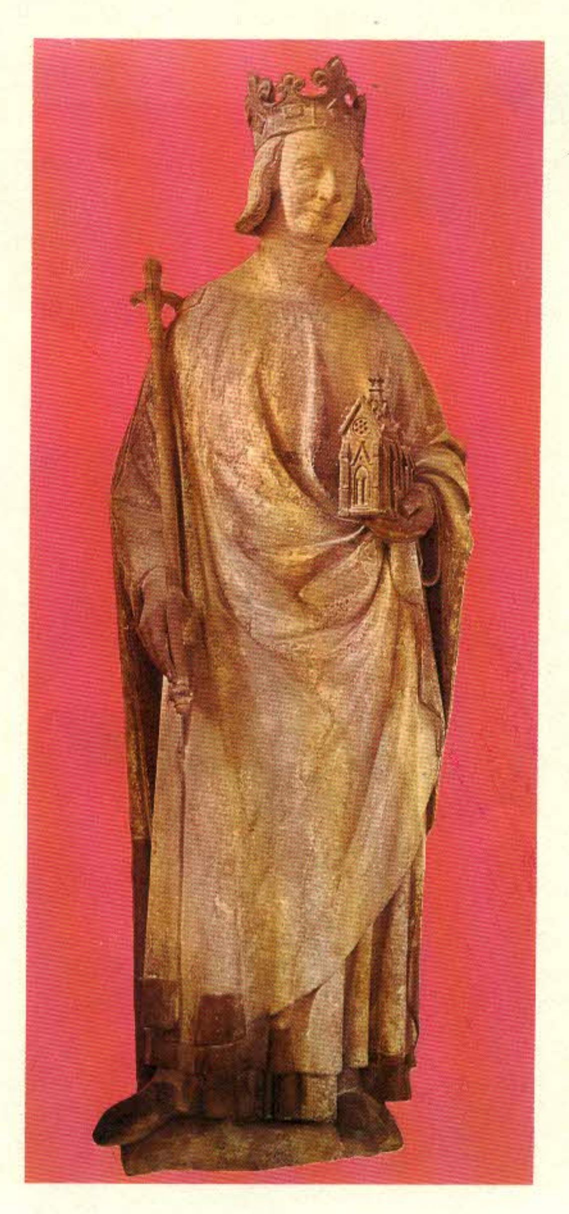
En 1367, Carlos V creyó llegado el momento de reanudar la guerra, con el fin de recuperar las posesiones perdidas por la paz de Bretigny. El Parlamento de París denunció casuísticamente el tratado y pronto se volvió al estado bélico. Las operaciones militares, reanudadas en 1370, se desarrollaron de forma muy distinta a las de la primera fase de la guerra. Las compañías de Du Guesclin, ya terminada la guerra de España, llevaron la iniciativa mediante una táctica muy distinta de la de la caballería nobiliaria de Felipe VI y Juan el Bueno. Rehuyendo las grandes acciones con el ejército del Príncipe Negro, Du Guesclin acosó al adversario con una guerrilla implacable, dejando que se agotara en sitios de plazas fuertes. La táctica dio un resultado excelente: los ingleses luchaban en una tierra hostil y fueron cediendo terreno, hasta el punto de que después de cinco años de guerra, en 1375, sólo conservaban en Francia las plazas de Calais, Bayona y Burdeos.

Al año siguiente murió el Príncipe Negro y unos meses más tarde el propio Eduardo III (1377), después de un largo y densísimo reinado. La guerra parecía llegar a su desenlace, muy favorable para los Valois, cuando una nueva crisis en ambos países impuso un largo paréntesis a las operaciones bélicas. En 1380 moría también Carlos V de Francia en plena flor de la vida, y casi al mismo tiempo fallecía el capitán Du Guesclin. El nuevo rey de Francia, Carlos VI, era un niño de menguadas facultades.

Un largo período crítico de casi cuatro décadas de duración (1376-1415), reflejo de



Cetro de Carlos V de Francia (Museo del Louvre, París).



Carlos V. Escultura procedente de la iglesia de los Celestinos de París (Louvre).

LOS ESTADOS GENERALES Y LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

1347 Los Estados Generales se niegan a votar subsidios para la guerra en tanto la dirección de ésta no se encomiende a militares competentes.

1356 En circunstancias críticas –el rey de Francia es prisionero de los ingleses–, los Estados Generales, reunidos para votar nuevos impuestos, aceptan e imponen al delfín Carlos el programa reformista de Etienne Marcel, jefe del Tercer Estado.

El programa de Etienne Marcel:
a) Una comisión nombrada por los Estados controlará la recaudación y la utilización de los nuevos impuestos.
b) Diputados de los Estados formarán parte del Consejo Real que asesora al delfín.
c) Los Estados Generales se reunirán periódicamente.

1358 Etienne Marcel intenta sumar fuerzas a su revolución parlamentaria: las "comunas" de todo el reino, la "jacquerie" campesina, la facción aristocrática de Carlos de Navarra.

1359 El delfín Carlos convoca los Estados Generales, que, desbordados por el radicalismo de Marcel, apoyarán ahora la política del delfín sin inconvenientes. Los Estados se niegan a ratificar el Tratado de Londres, firmado por el rey, y conceden nuevos subsidios para continuar la guerra.

1363 Los Estados sostienen la política del delfín: oposición al llamado Tratado de los Rehenes y nuevos tributos.

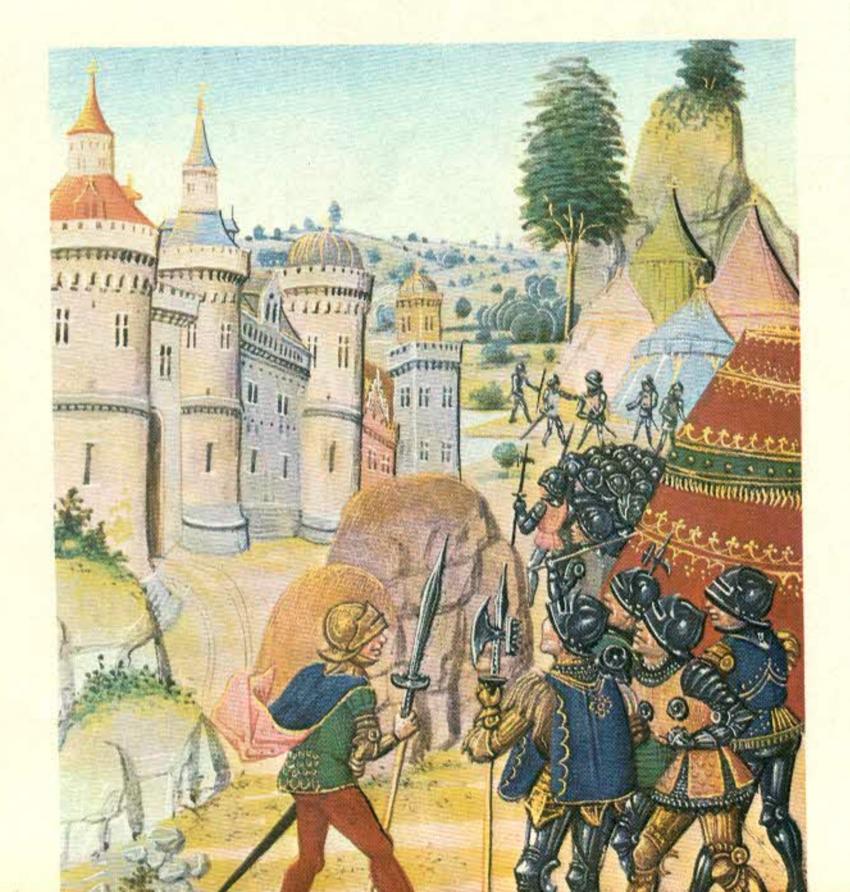
1411 Los Estados se pronuncian por el partido borgoñón y la candidatura inglesa a la corona de Francia, a cambio de la aceptación de las reformas contenidas en la "Ordonance cabochienne".

La "Ordonance cabochienne" recoge los principios que habían inspirado a Etienne Marcel y se pronuncia en favor de una monarquía constitucional y parlamentaria.

1420 Los Estados Generales aprueban el Tratado de Troyes.

1428 En Chinon, el delfín Carlos VII reúne unos Estados Generales que representan a los vasallos que les son todavía fieles, pero no puede obtener de ellos la concesión de impuestos para continuar la guerra contra Inglaterra.

Sitio de Brest por las tropas de Bertrand du Guesclin (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París).



la gran crisis europea coetánea, se abatió con un paralelismo sorprendente en las dos nacionalidades en pugna de uno y otro lado del canal. Si en Francia un monarca de doce años, Carlos VI, sucedió al prudente y sagaz Carlos V (1380), en Inglaterra la muerte del sesudo Eduardo III (1377) puso la corona en las sienes de otro muchacho: Ricardo II, nieto del gran Eduardo (hijo del Príncipe Negro). Mientras en ambos países el gobierno estaba en manos de regentes (los llamados "tíos del rey" en Francia, es decir, los duques de Anjou, Borgoña y Berry; los duques de Clarence, Gloucester, York y Lancaster, en Inglaterra), una gran revuelta social, mucho más grave que la *jacquerie* francesa, estallaba en Inglaterra (1381).

Más grave que la *jacquerie,* aunque mucho menos sangrienta, por cuanto comprendía capas sociales más amplias (menestralía, pequeño clero) y porque las masas populares demostraron, aparte una notable fuerza militar, cierta organización y un programa concreto, con influencias del movimiento religioso coetáneo de los lolardos de Wicleff.

Fragmento del testamento de Carlos V de Francia (Archivos Nacionales, París). La muerte del rey francés había sido precedida por las de Eduardo III y el hijo de éste, el Príncipe Negro. La corona de Francia recaía en un niño de doce años. Todo indicaba que las condiciones iban a variar.

Dirigidas por jefes audaces como el tejero Gualterio (Walter Tyler), las masas llegaron a abrirse paso hasta Londres y dominar un tiempo la situación, hasta que la burguesía y la aristocracia (el Parlamento) consiguieron sofocar el movimiento.

Paralelamente, en Francia se desató una ola de demagogia y turbulencias. Bandas de miserables, vagabundos y bandidos, triste secuela de la guerra y las pestes reiteradas durante la segunda mitad de esta centuria, tales como los *tuchins* de Auvernia y el Languedoc, los *chaperons blancs* de Normandía o los *maillotins* de París, asolaron el país y fueron implacablemente reprimidas. En 1389, el nuevo regente Luis de Orleáns, hermano del rey, con el apoyo de los antiguos colaboradores

Bautismo del delfín Carlos, el futuro Carlos VI de Francia (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). Al heredar la corona a los doce años se hizo imprescindible el gobierno de un regente.

de Carlos V (los *marmousets*), desplazó a sus parientes y gobernó solo en nombre del rey incapaz. Pese a la calificación despectiva que merecieron al pueblo (*marmout*, es decir, ogros o figuras grotescas de las aldabas), los administradores de Luis de Orleáns realizaron un esfuerzo notable para ordenar un país deshecho. Esfuerzo vano, es cierto, porque la corte, bajo la égida de la reina madre Isabel de Baviera, dilapidó el tiempo y el dinero entregándose a frenéticas mascaradas y fiestas "de salvajes", mientras la débil mente del desgraciado Carlos VI acababa de oscurecerse.

En Inglaterra, ante las veleidades de gobierno personal de Ricardo II, ya llegado a la mayoría de edad, una revolución parlamentaria desposeyó al incapaz monarca y dio la corona a su primo Enrique de Lancaster (Enrique IV). Era la primera usurpación con éxito de la historia inglesa y no dejaría de tener imitadores. El primer monarca Lancaster intentó también reorganizar el país, pero murió prematuramente en 1412, mientras en Francia la locura intermitente del soberano excluía la posibilidad de una regencia oficial permanente y daba pie a las disputas entre los "tíos". La muerte de uno de ellos, el poderoso Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, en 1404, dio a la pugna una mayor acritud. Su hijo, el nuevo duque Juan Sin Miedo, se desembarazó por el asesinato de Luis de Orleáns (1407), y los partidarios de éste se reagruparon alrededor de su consuegro Bernardo de Armagnac, gran señor del Mediodía; entre *armagnacs* y *borgoñones* se desató una lucha sin cuartel.

Mientras tanto, en París se produjo una



Encuentro de Wat Tyler y John Ball (miniatura de las "Crónicas" de Froissart; Museo Británico, Londres). En el reinado de Ricardo II se produjo en Inglaterra una revolución, quizá más importante que la de la "Jacquerie" en Francia. Coincidieron en ella, por una parte, las predicaciones de John Ball, seguidor de Wicleff, y el movimiento capitaneado por Wat Tyler, producido por la penuria ocasionada por la guerra de los Cien Años.



Ricardo II (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). El reinado del sucesor de Eduardo III se caracterizó por la oposición entre el rey y el parlamento, por lo cual su participación en la guerra contra Francia fue escasa.

nueva ola de demagogia dirigida por el carnicero Caboche y sus *cabochiens,* que contaban con la protección del duque de Borgoña. La burguesía de la capital, asustada por los excesos de la revolución, se pasó al bando armagnac, y Juan Sin Miedo no vio otro medio para recuperar sus posiciones políticas que el de aliarse a los ingleses (1414). La alianza angloborgoñona, factor gravísimo para la monarquía francesa, permitió a los ingleses desembarcar en Francia y encender nuevamente la guerra, prácticamente interrumpida desde 1376.

Enrique V de Inglaterra, el segundo monarca Lancaster, príncipe voluntarioso, astuto y brutal, muy popular por su bella estampa física y sus hazañas militares, desembarcó en Normandía, tomó Ruán y, gracias a la neutralidad (en realidad, alianza secreta) borgoñona, pudo derrotar cumplidamente a la caballería del condestable Bernardo de Armagnac en Azincourt (octubre 1415), victoria inglesa digna de compararse con los triunfos de Crécy y Poitiers. A su amparo, Juan Sin Miedo volvió a dominar París, manteniendo bajo su custodia al infeliz Carlos VI el Loco. Pero los armagnac se agruparon alrededor del príncipe heredero, el delfín Carlos, mientras el pueblo francés era presa de una angustiosa desorientación.



Ricardo II de Inglaterra entrega al duque de Lancaster los atributos de la realeza (miniatura de las "Crónicas de Francia"; Biblioteca Nacional, París). Una revolución parlamentaria derrocó a Ricardo II y elevó al duque de Lancaster, que reinó como Enrique IV.

La alianza del duque de Borgoña y el rey de Inglaterra era ya de dominio público. En Montereau, en ocasión de una entrevista entre el delfín y Juan Sin Miedo, un fanático partidario del primero, el caballero Taneguy du Châtel, hendió de un hachazo el cráneo del borgoñón (1419). Este asesinato, réplica del de Luis de Orleáns doce años antes, acabó de ahondar el abismo, porque el nuevo duque de Borgoña, Juan el Bueno, acabó de echarse en brazos de los ingleses, y Enrique V se convirtió de hecho en el amo de Francia. De hecho y de derecho, porque la frivolidad de la reina madre Isabel daba motivos para la duda acerca de la paternidad, y por consiguiente de la legitimidad, del delfín. Dudas que la misma reina pareció consagrar jurídicamente aceptando el tratado de Troyes (1420), por el que se reconocía como heredero del trono de Francia a Enrique V de Lancaster, previo matrimonio con Catalina de Valois, hija de Carlos VI e Isabel.

EL CONDADO DE FLANDES EN LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

1335 Flandes es gobernado por Luis de Nevers, fiel vasallo de la corona de Francia.

1336 Eduardo III prohíbe la exportación de lanas inglesas a Flandes.

1339 Paralización de la industria textil. La crisis social provoca un levantamiento contra Luis de Nevers. Jaime van Artevelde, rico comerciante, acaudilla la rebelión popular. Obreros, empresarios y comerciantes de tejidos se inclinan por la alianza con Inglaterra y reconocen a Eduardo III como rey de Francia.

1342-1345 El papa lanza el entredicho contra los flamencos sublevados contra su señor legítimo. Francia apoya al partido condal. Artevelde no resuelve los graves problemas económicos del condado y su gobierno se hunde en la tiranía. Flandes se separa de la alianza inglesa.

1367 Luis de Mâle, sucesor de Luis de Nevers, se aproxima a Inglaterra: se negocia el matrimonio de su hija Margarita con un hijo de Eduardo III. Carlos V deshará esta tentativa y logrará la mano de Margarita –que supone Flandes, Artois, el condado de Borgoña– para su hermano Felipe, duque de Borgoña.

1380 Luis de Mâle, fiel a la alianza inglesa todavía, debe hacer frente a una sublevación general de las ciudades flamencas dirigida por los gremios de tejedores. El conde pide ayuda a su yerno Felipe y al rey de Francia.

1382 Felipe el Atrevido, al frente de un ejército franco-borgoñón, vence en Roosbeke a las milicias de las ciudades sublevadas. Un ejército inglés colabora en la pacificación de Flandes.

1383 Felipe el Atrevido sucede a Luis de Mâle: política de entendimiento con Inglaterra, cuyas exportaciones se han revelado vitales para la industria flamenca.

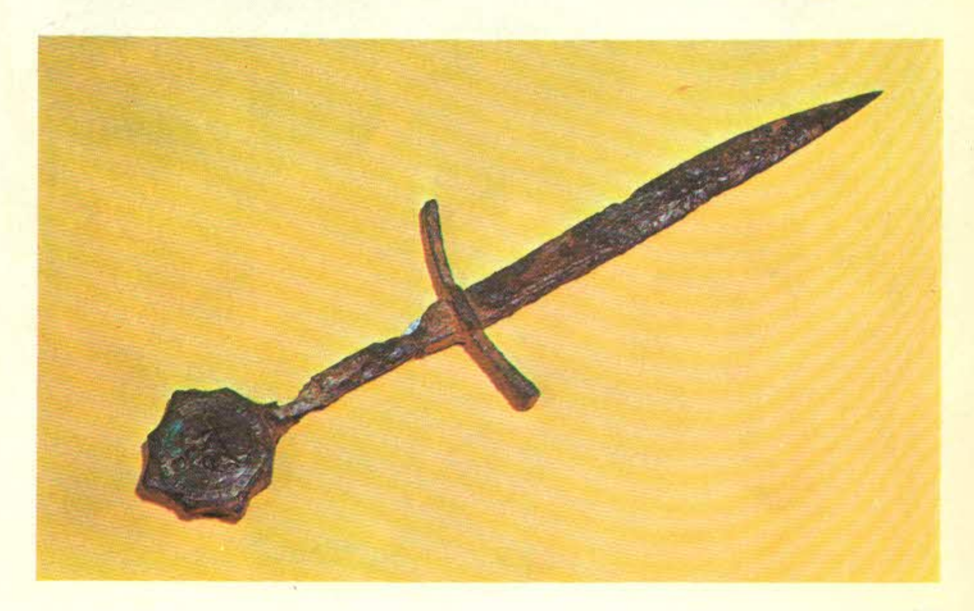
1392-1419 Los duques de Borgoña y condes de Flandes, aliados a los ingleses, luchan contra los Armagnac por la hegemonía política en el estado francés.

1420 El Tratado de Troyes reconoce la autonomía política del conglomerado formado por el condado de Flandes y el ducado de Borgoña.

Carlos VI de Francia (Biblioteca Nacional, París). El reinado de este rey se vio alterado por la anormalidad de la locura cíclica de Carlos, que impedía la regencia y facilitaba las pugnas entre los grandes señores.

El tratado de Troyes, aceptado por la universidad y el Parlamento de París, y por los Estados Generales, excluía, pues, al delfín Carlos de la sucesión y entregaba Francia, atada de pies y manos, al monarca inglés. Nunca la gran monarquía franco-inglesa estuvo tan cerca de su realización. Sin embargo, la muerte casi simultánea de Enrique V y de Carlos VI (1422) planteó una nueva coyuntura. El novel monarca inglés, Enrique VI, hijo de Enrique V, rey también de Francia (Enrique II) según el tratado de Troyes, era un niño.

La situación era angustiosa para una Francia arruinada por la guerra que se desarrollaba en su propio territorio y dividida entre dos obediencias: la del niño Enrique II (VI de Inglaterra), bajo la regencia de su tío el du-



Daga de tipo borgoñón (Museo del Ejército, París).

Muerte del duque Luis de Orleáns a manos de los partidarios de Juan Sin Miedo, duque de Borgoña (miniatura de la "Crónica" de Enguerran de Monstralet; Biblioteca Nacional, París). La locura del rey Carlos VI contribuyó a que los diversos bandos que luchaban en Francia se fueran centrando alrededor de dos personalidades: Luis de Orleáns (cuyo consuegro, Bernardo de Armagnac, recogerá su herencia) y el duque de Borgoña Felipe el Atrevido, a quien sucede su hijo Juan Sin Miedo.



que de Bedford, instalado en París, y la del delfín, ahora ya Carlos VII para sus partidarios, que tenía su corte en Bourges. Ingleses y borgoñones aliados dominaban la mayor parte del país: los primeros en el Oeste, desde Normandía a Guyena y además la Picardía, la Champagne y la Isla de Francia, y los segundos en Borgoña, Flandes, Artois y el Franco Condado; el duque de Bretaña y el conde de Foix eran sus aliados.

Carlos VII, el "rey de Bourges", como le llamaban en sorna sus enemigos, era obedecido en el centro del país (en el Berry, Anjou, Turena, Poitou y Orleáns) y en el Sudeste (Delfinado, Auvernia, Lyon y el Languedoc); le era fiel también el enclave de La Rochela, y contaba con la firme alianza del rey de Provenza, su primo Luis de Anjou. A las miserias de la guerra se unía una profunda turbación de los espíritus, pareja a la que simultáneamente imperaba sobre las conciencias con motivo del cisma de Occidente. ¿Quién era el legítimo rey de Francia: Carlos o Enrique? Las dudas llegaban hasta el ánimo del propio Carlos VII, quien se mostraba tímido y vacilante, juguete de una camarilla de cortesanos sin escrúpulos.

Pero el sentimiento nacionalista, la conciencia de pertenecer a una comunidad nacional, por encima de los lazos personales de obediencia a un soberano, era ya algo muy vivo en la Europa del siglo XV. Y este sentimiento se manifestaba en Francia, lo mismo en las regiones ocupadas por los ingleses, pero que habían pertenecido largo tiempo a la monarquía Capeto, que en las que seguían fieles al rey de Bourges. El nacionalismo se identificaba con la monarquía de los descendientes de Luis el Santo y era indudablemente mucho más vivo entre las masas populares que entre la aristocracia.

La *grand pitié du royaume,* la pena o conmiseración que inspiraban las desgracias del país, era una expresión familiar entre las gentes, tanto como la esperanza de una fuerte reacción, que las almas piadosas cifraban en la ayuda de la providencia. Francia había sido castigada por Dios por sus pecados, pero el Señor no permitiría la ruina y la muerte de las buenas gentes del país de Carlomagno, martillo de paganos, y de San Luis, el asceta coronado. He aquí un tema que inspiraría con frecuencia las homilías de los párrocos rurales; por lo menos, consta que las escuchaban de ese tono los sencillos campesinos de la aldea de Domremy, en el Barrois, en los confines entre la Champagne y la Lorena, donde vivía la niña Juana de Arco, y es lógico suponer que ello no sería excepcional.

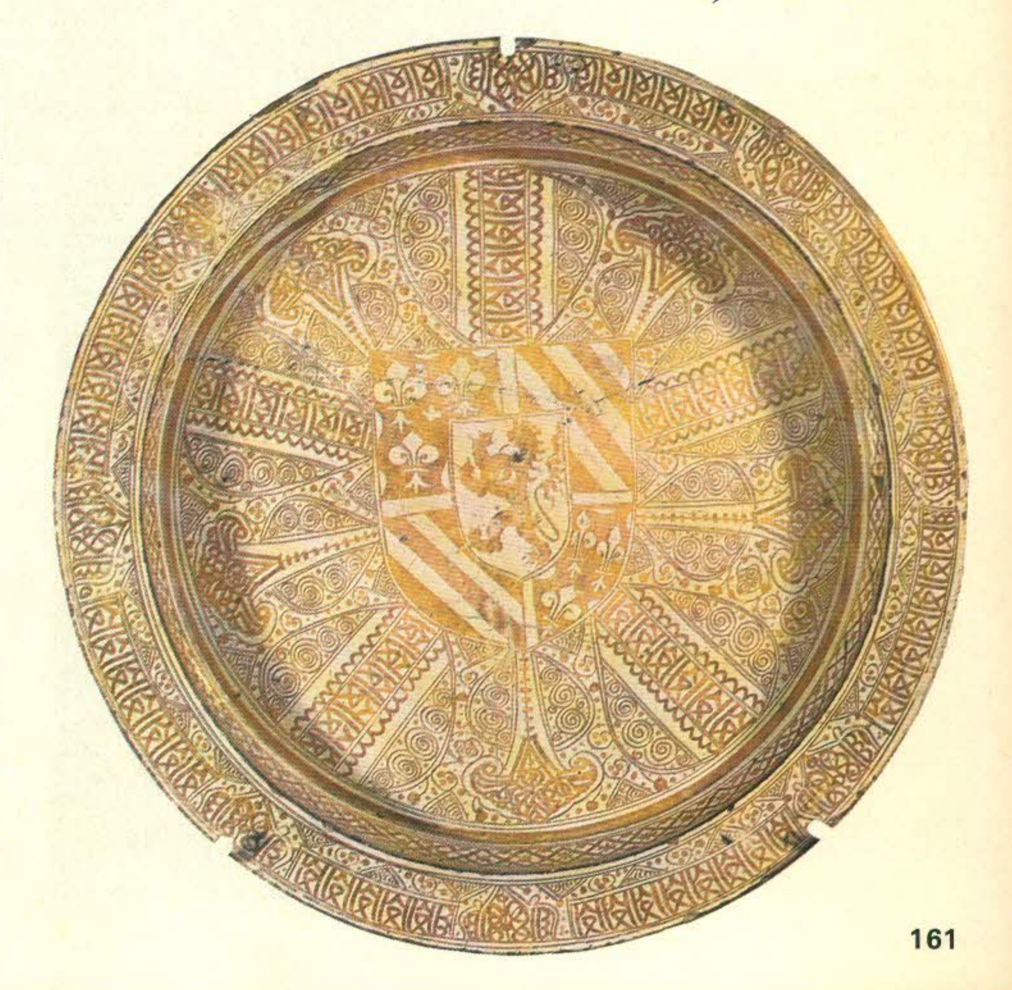
Sin este nacionalismo de las masas, impregnado de la religiosidad propia de la época, no se explicarían los éxitos de la Doncella de Orleáns, personificación de un sentimiento colectivo, polarizado en un momento psicológico alrededor de la mística ardiente de una pobre muchacha campesina. Ni se explicaría que tales sentimientos hubiesen podido brotar en la mente de una aldeana analfabeta, en un insignificante villorrio alejado de los grandes centros urbanos.

La voluntad de resistencia y reacción había producido ya algunos pequeños éxitos militares de las armas de Carlos VII (Pontorson, la Gravelle, La Rochela, Montargis) en los años de la infancia de Juana de Arco, los cuales, abultados por la imaginación popular, habían tenido la virtud de reavivar las

Juan Sin Miedo, duque de Borgoña, recibe el "Libro de las Maravillas" de manos de Jean Hayton (Biblioteca Nacional, París). El ducado de Borgoña, "estado relámpago", intentará bascular entre Francia, el Imperio e Inglaterra, y acabará enfrentando a los reinos unificados de Francia y España.

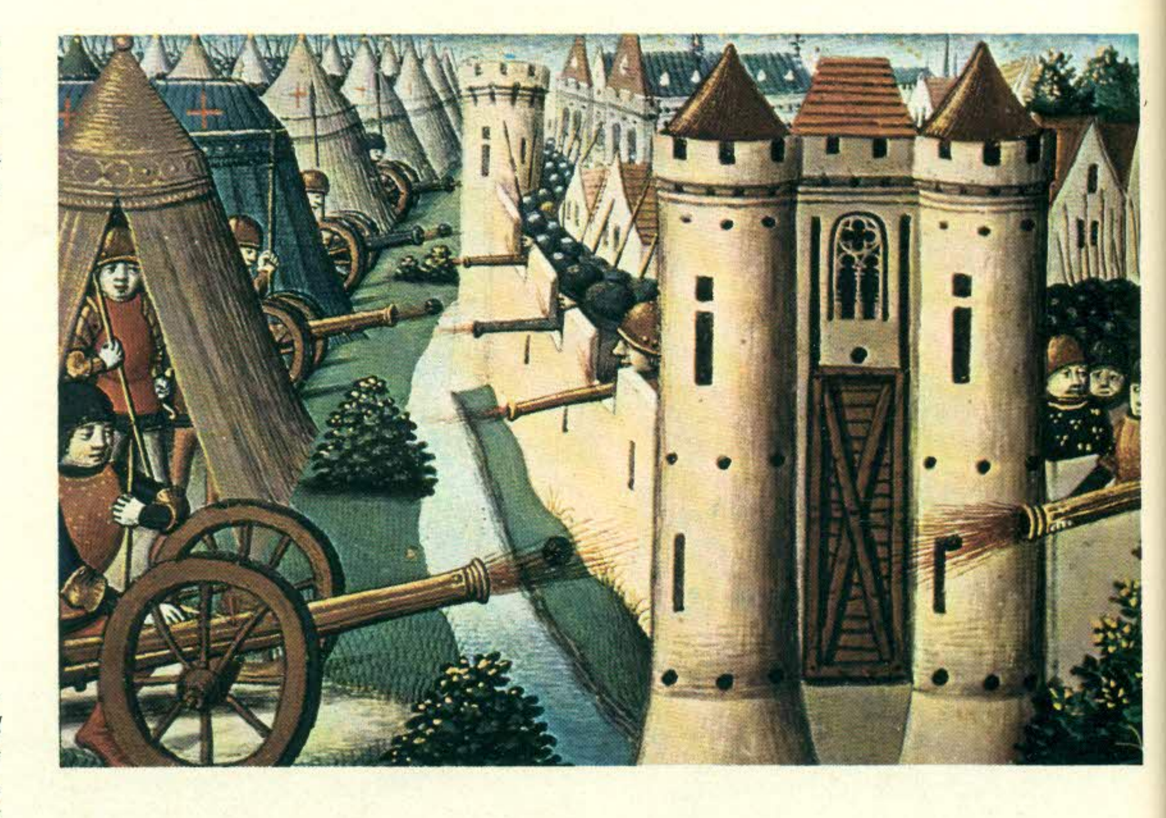
esperanzas. Y también algunos éxitos diplomáticos, como la defección de la alianza inglesa del duque Juan de Bretaña y de su hermano el conde de Richemont, investido por Carlos VII de la condestablía de Francia, así como también, en el Sur, la defección del conde Juan de Foix y de su hermano Mateo de Comminges, pasados igualmente al bando del rey de Bourges. La disputa entre los duques de Gloucester y de Borgoña, en el lado inglés, por la posesión del Hainaut era otro hecho esperanzador para los franceses leales a Carlos VII.

Bajo la dirección del regente Juan de Bedford, excelente militar, las armas inglesas, después de la gran victoria de Verneuil (1424), concentraban su actividad en la conquista de la plaza de Orleáns, cuya posesión les hubiese permitido la cómoda comunicación entre los dos grandes bloques territoriales al norte y al sur del Loira, afectos a su obediencia. En 1427, Salisbury, lugarteniente de Bedford, puso sitio a la plaza, que, bien defendida por el bravo capitán Juan Dunois, resistió heroicamente durante dos años los repetidos asaltos de Salisbury y de su sucesor Talbot. Esta resistencia a ultranza se explica porque el se-



Plato de cerámica de Manises, de hacia 1450, con el escudo de los duques de Borgoña (Museo Lázaro Galdiano, Madrid).

Toma de Ruán por los ingleses de Enrique V al comienzo del segundo período de la guerra de los Cien Años (miniatura de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París).



Aspecto de la batalla de Azincourt (miniatura inglesa del siglo XV; Victoria and Albert Museum, Londres). En ella, las tropas de Enrique V de Inglaterra derrotaron a las de Carlos VI de Francia. En el campo de batalla murió lo mejor de la nobleza francesa y fueron hechos prisioneros los duques de Orleáns y Borbón. Durante cinco años, los ingleses se fueron extendiendo por Francia y en 1420, por el tratado de Troyes, Enrique V de Inglaterra pasaba a ser de hecho rey de Francia.

ñor de la ciudad, Carlos de Orleáns, había caído prisionero de los ingleses en Azincourt y, según las normas de la caballería, se consideraba una alevosía atacar los dominios de un señor cautivo, pero de hecho la resistencia de la ciudad se convirtió en el símbolo de la resistencia de Francia. En la primavera de 1429, después del fracaso de una tentativa de aprovisionamiento en Rouvry (la "jornada de los arenques"), la plaza, diezmada por el hambre, parecía próxima a la capitulación. En este momento de angustia es cuando aparece la figura de la *pucelle,* la Doncella de Orleáns.



Nacida en 1412 en el seno de una humilde y numerosa, aunque no miserable, familia campesina, Juana no había recibido instrucción alguna. Su infancia no se distinguió de la corriente entre los niños de su clase; era una niña hacendosa y obediente que vivió como todos el ambiente de angustia y de esperanza que se respiraba en todos los rincones del país. A partir de los trece años empezó a tener visiones y a oír lo que ella llamó "sus voces": las de San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita, que le ordenaban en nombre de Dios partir para Francia (el Barrois, en la Lorena, feudo del Imperio, no se consideraba todavía Francia), levantar el sitio de Orleáns y consagrar al rey Carlos en Reims como lugarteniente del Rey de los Cielos, supremo soberano de Francia.

Con la firme convicción de cumplir la irresistible voluntad divina, Juana, a los dieciséis años, logró vencer la natural resistencia de sus familiares y establecer contactos con las autoridades militares más próximas (el capitán Baudricourt en Vaucouleurs, y más tarde con el propio duque Carlos de Lorena), quienes acabaron por recomendarla al monarca.

Con un caballo y armas facilitados por las humildes gentes de Vaucouleurs y una pe-

Carlos de Orleáns, prisionero en la Torre de Londres (Museo Británico, Londres). Caído en poder del enemigo en la batalla de Azincourt, este príncipe y poeta francés fue trasladado a Inglaterra y encerrado en la Torre de Londres.

queña escolta de seis hombres (hermanos y parientes de Juana), la doncella consiguió llegar a Chinon, donde se encontraba el rey, a quien había escrito desde el camino informándole de su misión y solicitando una entrevista secreta. La entrevista, de la que nada se sabe en concreto, tuvo lugar en marzo de 1429 y se da por supuesto que el "secreto" consistió en revelar al rey, en nombre de Dios, su legitimidad, de la que él mismo dudaba. Era una solución mística para una cuestión humanamente insoluble, una solución de gran valor para la mentalidad de su época, que derribaba la base legal del tratado de Troyes y que coincidía con los deseos y los intereses de los franceses que permanecían leales al rey Valois.

Inmediatamente, Juana dirigió al rey Lancaster, a Bedford y a sus lugartenientes la célebre carta conminándoles a levantar el sitio de Orleáns y a ceder al rey Carlos, en nombre del Rey del Cielo, la corona de Francia. Una comisión eclesiástica constituida en Poitiers emitió un informe favorable, y Juana fue investida del mando más o menos teórico de una fuerte expedición de socorro, reclutada a base de un supremo esfuerzo económico por parte del monarca (lo que prueba hasta qué punto había sido afectado por el optimismo de la Doncella). La llegada de esta expedición a Orleáns, con la noticia de sus singulares circunstancias, galvanizó a los defensores y desmoralizó a los sitiadores. La expedición rompió el cerco y entró en la



Real de oro de mediados del siglo XIV *(Biblioteca Nacional, París).*



Carlos VII de Francia y sus consejeros (Biblioteca Nacional, París). Tras la muerte casi consecutiva de Enrique V de Inglaterra y Carlos VI de Francia, las coronas de estos dos países recayeron, según el tratado de Troyes, en el hijo del primero, Enrique VI, un niño, mientras el hijo del rey francés era considerado por muchos como el verdadero rey de Francia, Carlos VII.

plaza (27 abril 1429). Diez días más tarde, Talbot levantaba el sitio. La liberación de Orleáns, profetizada por la *pucelle,* fue considerada como la prueba del carácter divino de su misión. Carlos VII dirigió una circular a las ciudades del país haciéndose eco del prodigio.

Faltaba, sin embargo, la segunda parte: la consagración de Carlos en Reims, requisito indispensable para su reconocimiento como monarca. Entre Orleáns y Reims se interponían vastas regiones dominadas por los angloborgoñones. Pero el impulso estaba lanzado: los ejércitos franceses del duque de Alençon y del mariscal de La Hire desembarazaron fácilmente el camino. En Patay (19 junio 1429), digna réplica de Verneuil o Azincourt, La Hire destrozó un ejército inglés, capturando al propio Talbot y a todo su estado mayor. El 17 de julio, Carlos VII era solemnemente consagrado en Reims y Juana declaraba al arzobispo de Chartres que había terminado su misión. Pero, presionada sin duda por sus compañeros de armas o contagiada ella misma por el entusiasmo general, decidió continuar al servicio del rey hasta la liberación de París, un error que pagaría con la vida.

La operación de París, dirigida por Alençon y Clermont, fue un fracaso (8 septiembre); la propia Doncella fue herida en un muslo. Carlos VII, bajo la influencia de su nuevo consejero La Tremouille, parecía volver a su inactividad y desoía los consejos de Juana, que preconizaba la continuación de la campaña, a fin de aprovechar el mo-

mento de entusiasmo y optimismo. Hostigando por su cuenta al adversario al frente de pequeños destacamentos, fue capturada en Compiègne (mayo 1430) por los borgoñones, quienes –después de confusas transacciones, de las que fue principal agente el obispo de Beauvais, Cauchon, devoto de Isabel de Baviera y de Bedford– acabaron por vender a la Doncella a los ingleses por diez mil escudos. Conducida a Ruán, inicióse un largo proceso inquisitorial ante un tribunal presidido por el propio Cauchon, cuyo objetivo político era el de obtener de la Doncella una abjuración de sus visiones sobre las que se cimentaba la legitimidad de Carlos VII.

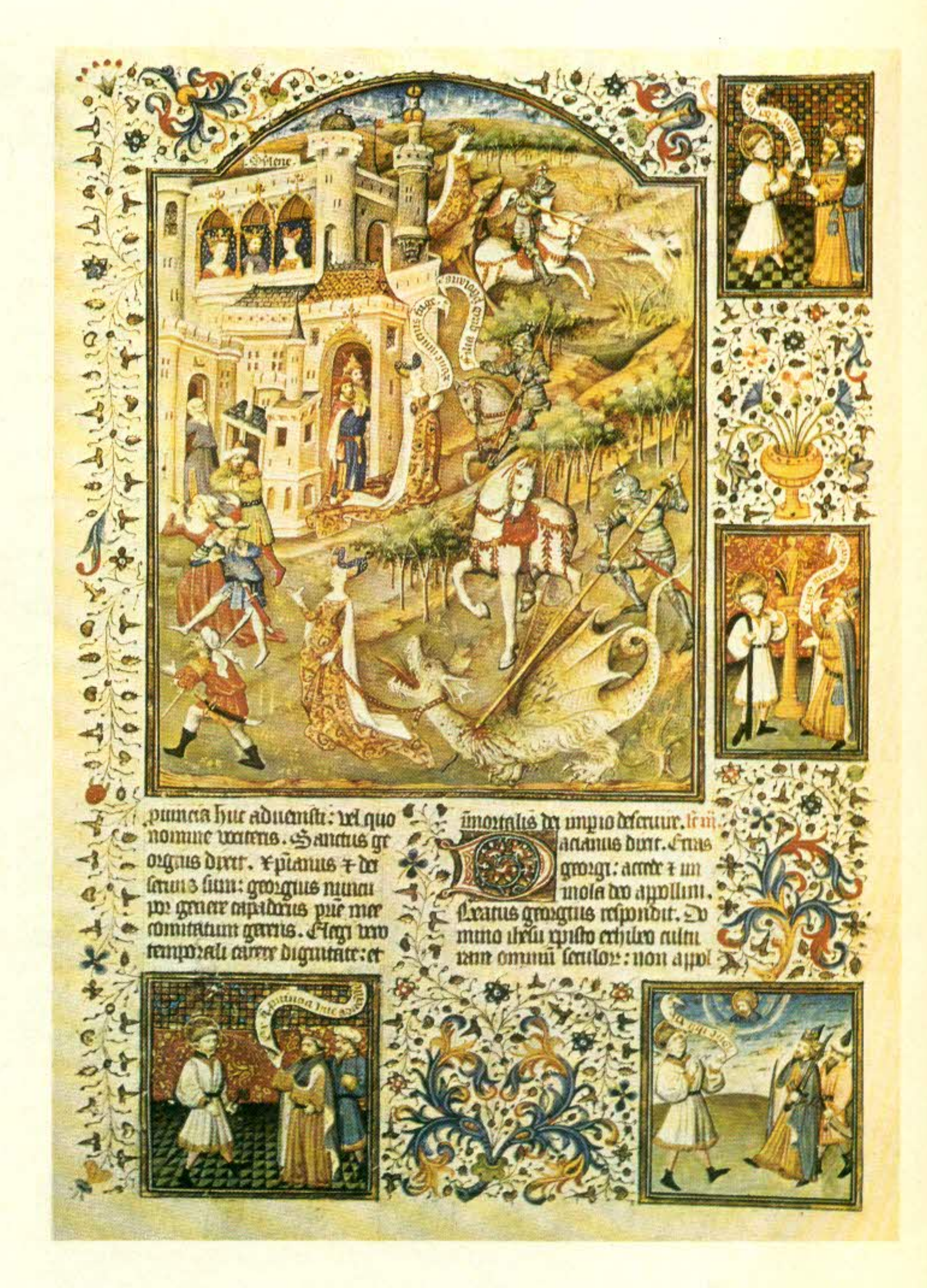
La universidad de París, sometida a los ingleses y celosa de los eclesiásticos de la comisión de Poitiers, que había admitido la posibilidad del carácter sobrenatural de la misión de Juana de Arco, pronuncióse contra su autenticidad. Tras largos meses de interrogatorios y coacciones, Juana acabó por firmar una capciosa declaración, cuyo alcance difícilmente pudo comprender, "sometiéndose a la Iglesia". Pero al día siguiente, comprendiendo lo que significaba su pretendida abjuración, negó su valor, reafirmando que no podía oponerse a la voluntad de Dios. Declarada "hereje, relapsa, apóstata e idólatra", fue entregada al brazo secular y expiró en la hoguera en Ruán (30 mayo 1431) protestando hasta el último momento de su inocencia. Sus cenizas fueron echadas al Sena.

El martirio de Juana de Arco fue, aparte otras consideraciones, un grave error de sus ejecutores. Como ella misma había profetizado, sería mucho más peligrosa para los ingleses muerta que viva. En efecto, su muerte por negarse a abjurar fue a los ojos del pueblo francés la prueba suprema de la verdad de su misión.

Carlos VII, que nada había hecho para salvar a la Doncella, volvió, después de la muerte de su intrigante consejero La Tremouille (1433), a su anterior actividad. Pronto el duque de Borgoña, Juan el Bueno, cuya reconciliación con el rey de Francia había sido uno de los ideales de Juana de Arco, sea influido por el impacto de la hoguera de Ruán o por cálculo, intuyendo un mal final para la causa inglesa, buscó una aproximación con Carlos VII, que desembocó en el tratado de Arrás (1435), por el que, a cambio de la condena por parte del rey del crimen de Montereau, la cesión de Auxerre, Boulogne y las plazas del Somme, y la dispensa del homenaje de fidelidad a título vitalicio, Borgoña volvía a la amistad del rey Valois.

A partir del tratado de Arrás, la situación de los ingleses en Francia, faltos de la preciosa alianza de Borgoña, fue volviéndose cada vez más crítica. Seis días antes de Arrás había muerto Bedford, la mejor espada de los Lancaster en Francia. Sus sucesores, los duques de Gloucester y Beaufort, los nuevos regentes de Enrique VI, ya mayor de edad, pero cada vez de menores facultades mentales (recordemos que era nieto, por línea materna, de Carlos el Loco), andaban en plena discordia.

La mayor parte de las regiones ocupadas por los ingleses se agitaban contra su dominación, alentadas por las incursiones frecuentes de Dunois, Richemont y otros capitanes de Carlos VII, entre ellos su heredero el delfín Luis (futuro Luis XI). Dieppe se sublevó en 1436 y en abril del mismo año Richemont logró entrar en París, aunque, en realidad,



La leyenda de San Jorge representada en un breviario que perteneció al duque de Bedford, regente de Enrique VI de Inglaterra (Biblioteca Nacional, París).

LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS

Los fracasos de las operaciones militares en Francia y la incapacidad de Enrique VI, juguete en manos de la reina Margarita de Anjou, mujer dominante y obstinada, desacreditaron la dinastía Lancaster, llegada al trono por una usurpación. Si en 1397 el Parlamento había sancionado el destronamiento de un rey incapaz, Ricardo II, y su sustitución por Enrique IV de Lancaster, ¿por qué no podía ahora ser destituido Enrique VI para remplazarle por otro monarca más capaz? Al fin y al cabo, ¿no tenía mejores derechos al trono Ricardo de York, descendiente de un hijo de Eduardo III mayor que el antepasado de Enrique VI? Un grupo de familias poderosas, dirigidas por el conde de Warwick (un Neville, descendiente también de Eduardo III), proclamaron a Ricardo de York "protector", mientras otros poderosos clanes (Somerset, Clifford, Percy) se agruparon alrededor de Margarita de Anjou, en defensa de los derechos de su hijo, el niño Eduardo de Lancaster. Entre ambos bandos desatóse una lucha implacable que ensangrentó la historia inglesa durante largos años. Por el emblema escogido por cada una de las dos facciones: la *rosa blanca* de los York y la *rosa roja* de los Lancaster, esta triste contienda ha sido designada con el nombre de guerra de las Dos Rosas.

El "protector" Ricardo de York pereció en uno de los encuentros con sus rivales (Wakefield, 1460), pero al poco tiempo los York, vencedores en Towton (1461), elevaron al trono al hijo del protector con el nombre de Eduardo IV. El infortunado Enrique VI fue encerrado en la Torre de Londres y la reina Margarita huyó del país. Pero de momento, mientras Eduardo IV fue menor de edad, el verdadero rey fue Warwick.

Llegado a la mayoría, Eduardo IV no se resignó a un papel secundario. Su boda con Isabel Grey y el favor que dispensó a los parientes de su esposa (los Woodville), disgustaron a Warwick, quien, en un sorprendente golpe de teatro, se pasó al bando de la Rosa roja. Aliado con Margarita de Anjou y con el rey Luis XI de Francia, Warwick sacó a Enrique VI de su encierro y le devolvió la corona que él mismo le había quitado, mientras Eduardo IV huía a Holanda.

La restauración de los Lancaster no duró más que unos meses, puesto que Eduardo IV, protegido por su cuñado el duque de Borgoña Carlos el Temerario, pudo regresar a Inglaterra y, después de derrotar a Warwick en Barnet (1471), donde el célebre *kingmaker* (hacedor de reyes) perdió la vida, y a Margarita en Tewksbury, recuperó la corona. El infeliz Enrique VI desapareció misteriosamente. No sería el último "desaparecido".

Eduardo IV, tras haberse desembarazado de los principales jefes de la Rosa roja, resucitó sus pretensiones a la corona francesa y, aliado con el duque de Borgoña, desembarcó en Francia y por un momento Europa pudo creer que renacía la guerra de los Cien Años. Pero Eduardo IV, práctico y *bon vivant*, creyó más conveniente vender a Luis XI sus derechos a la corona de San Luis y firmó el tratado de Picquigny (1475), cuyo alcance ya ha sido referido en el texto.

Eduardo IV sólo pudo reinar dejando gobernar al Parlamento y a su muerte (1483) se reprodujo la guerra civil. Su hijo Eduardo V, niño de doce años, reinó sólo unos meses. Víctima de la ambición de su tío Ricardo, duque de Gloucester, fue encerrado en la Torre de Londres con su hermano Ricardo, mientras la reina viuda Isabel huía enloquecida (1483). Los dos niños reales "desaparecieron" también para siempre. Ricardo de Gloucester, declarando a sus sobrinos bastardos, se proclamó rey (Ricardo III) con la bendición de un Parlamento adicto.

Tampoco Ricardo III gozó mucho tiempo de su usurpación (y probablemente también de sus crímenes). Su principal instigador, Buckingham, se volvió contra él y le opuso Enrique Tudor, duque de Richmond, descendiente de los Lancaster por línea femenina, pero casado con Isabel de York, la única hija superviviente de Eduardo IV. El último capítulo bélico de la guerra de las Dos Rosas terminó con la victoria de Enrique en Bosworth (agosto 1485). Ricardo quedó en el campo de batalla, después de haberse defendido con bravura (se ha dicho que pereció porque no pudo hallar un caballo para escapar, por lo que se le atribuye la célebre frase: "¡Mi reino por un caballo!"). Richmond, triunfante, se proclamó rey (Enrique VII), inaugurando la casa Tudor, que presidiría la historia de Inglaterra por espacio de más de un siglo.

S. S. V.

fueron los propios parisienses quienes tomaron la plaza al expulsar a la guarnición inglesa. Carlos VII, cada vez más animoso, influido por su entusiasta amante Inés Sorel, proseguía una implacable guerrilla que agotó a los ingleses, aunque también al Tesoro francés. El cansancio general hizo posible la tregua de Tours (abril 1444), gestionada por el papa, que interrumpió las operaciones durante cinco años.

Pero la tregua de Tours no desembocó en tratado de paz alguno. En 1449, un ataque inglés contra el nuevo duque de Bretaña, Francisco, que se inclinaba por la alianza francesa, dio motivos a Carlos VII para romper la tregua. El objetivo de la nueva campaña fue la liberación de Normandía, cuya población se agitaba contra el dominio inglés y reclamaba el auxilio del rey de Francia. La campaña de Normandía fue muy rápida: en octubre de 1449 capituló Ruán y en agosto de 1450 Cherburgo, tras la victoria francesa de Formigny (abril). En Ruán, Carlos VII, en posesión de la documentación del proceso de Juana de Arco, dispuso su revisión. La sentencia, dictada en 1456, declaró anulada la de 1431 por irregularidades de fondo y forma, y proclamó la rehabilitación de la Doncella de Orleáns. Su canonización, sin embargo, tendría que esperar cerca de quinientos años (hasta después de la primera Guerra Mundial, 1920).

Únicamente la Guyena permanecía fiel a Enrique VI, pero su conquista fue mucho más difícil que la de Normandía. Región secularmente dominada por los reyes de Inglaterra, su población no se sentía "francesa". Bayona capituló en agosto de 1451, pero Burdeos, bien defendida por Talbot, aunque expugnada en junio del mismo año, fue reconquistada por los ingleses en octubre de 1452 y no cayó definitivamente en manos francesas hasta octubre de 1453, tras la muerte del gran capitán inglés en la batalla de Castillon. En esta última fecha, los ingleses no conservaban en todo el vasto territorio de Francia

LA GUERRA EN UN SEGUNDO PLANO: LAS LARGAS TREGUAS DE 1388 A 1411

En el año 1388 se firma una tregua de un año y se inician las negociaciones para la paz.

La decisión ha sido tomada por el Consejo de los Barones de Inglaterra, considerado por los historiadores el partido de la guerra en Inglaterra.

En Francia es la primera decisión de un nuevo gobierno –Carlos VI se ha emancipado de la tutela de sus tíos–, que se declara pacifista para poder atajar la crisis interna. Es un golpe de estado en contra de los grandes príncipes franceses belicistas.

El 18 de junio de 1389, la tregua se alarga tres años.

La continuidad de la tregua obedece ahora por parte de Inglaterra a una nueva política: la política personal de Ricardo II, que intenta recobrar la autonomía monárquica frente al Consejo de los Barones. El monarca inglés no puede distraer sus fuerzas en el exterior. El partido de la paz llega al poder en Inglaterra, mientras el partido de la guerra pasa a la oposición, según los historiadores.

Es imposible llegar a fijar los términos de un acuerdo de paz.

La paz se habría salvado en aquel momento por la voluntad personal de Ricardo II.

El monarca inglés se alía personalmente con el soberano francés: matrimonio de Ricardo II con la hija de Carlos VI. Firma de una tregua de veintisiete años entre Francia e Inglaterra.

En Francia en 1392 un ataque de locura desplaza del poder al rey y a su Consejo Privado y lo sustituye por la regencia, de hecho, de los grandes príncipes familiares del monarca: Felipe de Borgoña, Luis de Borbón y Luis de Orleáns. La modificación de la situación política y las tendencias belicistas del nuevo gobierno traen una ruptura de las hostilidades.

En 1400, Enrique de Lancaster destrona a Ricardo II. El pretendiente había logrado el apoyo del Consejo de los Barones, comprometiéndose a respetar sus prerrogativas y a reanudar la guerra con Francia.

En 1400, los regentes de Francia y el rey Enrique IV prolongan las treguas entre sus respectivos países.

En 1404 se vuelve a firmar la continuidad de las treguas. En 1405-1407, ofensivas aisladas francesas, sin declarar la ruptura de la tregua.

Los príncipes franceses están divididos acerca de la política a seguir con Inglaterra: Luis de Orleáns considera que debe aprovecharse la situación comprometida de Enrique IV, mientras el duque de Borgoña se mantiene neutral.

Dificultades de Enrique IV para afianzarse en el trono.

Desde 1407, guerra civil en Francia entre los Armagnac y los partidarios del duque de Borgoña.

Enrique IV intentará obtener un tratado de paz favorable a Inglaterra.

Hasta 1414 no se reanuda la guerra, motivada por una radicalización de las exigencias del sucesor de Enrique IV, Enrique V, que aspira, según algunos, a la corona de Francia desde el principio; a la reconquista de extensos territorios franceses –todo el dominio feudal de los Plantagenet–, según otros.

más que Calais, en territorio del duque de Borgoña y, por tanto, inatacable para Carlos VII.

Las turbulencias ocurridas muy pronto en Inglaterra dificultaron durante mucho tiempo cualquier reacción inglesa. De hecho, la guerra de los Cien Años había llegado a su final. Pero como éste no había sido consagrado por ningún tratado, el estado bélico entre las monarquías francesa e inglesa continuó subsistente durante largos años, durante cuyo transcurso no dejarían de producirse algunos esporádicos rebrotes bélicos.

Durante largo tiempo, el peligro de invasión inglesa siguió amenazando a Francia. Pese a la guerra civil que se desencadenó en Inglaterra entre las casas de York y Lancaster (guerra de las Dos Rosas), los representantes de ambas ramas siguieron considerándose reyes de Francia. Incluso hubo un momento en que la invasión llegó a ser una realidad; hasta llegó a reproducirse la para Francia fatídica alianza de Borgoña con la



Juana de Arco se dirige a Reims a coronar a Carlos VII (miniatura de un manuscrito conservado en el Museo Dobrée, Nantes). La "Doncella de Orleáns" personificó el sentimiento colectivo de nacionalidad, que ya se había manifestado en algunos pequeños éxitos militares.

En la página de enfrente, episodio conocido como "la jornada de los arenques", en que un convoy, dirigido por Carlos de Borbón y cargado de arenques ahumados para la alimentación de los soldados durante la cuaresma, fue desbaratado por los ingleses (Biblioteca Nacional, París).

Miniatura que representa el sitio de Orleáns por las fuerzas inglesas (Biblioteca Nacional, París). Tras resistir durante dos años la acometida inglesa, Juana de Arco logró entrar en la ciudad con refuerzos; diez días después levantaban el sitio los ingleses.

monarquía inglesa o, por lo menos, con una de sus dos ramas: la casa de York.

En 1475, reinando ya el sucesor de Carlos VII, Luis XI –conocido por su astucia y habilidad diplomática como la "Araña Universal"–, el rey inglés Eduardo IV de York, de acuerdo con su cuñado Carlos el Temerario, de Borgoña, cruzó el canal y desembarcó en Calais al frente de un brillante ejército, llegando hasta San Quintín, donde no encontró la cooperación que esperaba por parte del condestable de Saint-Pol, que el Temerario creía ganado a su causa, ni la adhesión de la población que se le había prometido.

Luis XI, tras lanzar sus ejércitos contra la Borgoña para inmovilizar al Temerario, aprovechó la desilusión del inglés y sus apuros económicos, acosado, como estaba, en su país por los partidarios de los Lancaster, para ofrecerle un buen puñado de dinero a cambio de su amistad y renuncia al trono de Francia. En Picquigny, sobre el Somme, Luis y Eduardo se entrevistaron y, ante la indignación del duque de Borgoña, afirmaron su amistad y sellaron las cláusulas del acuerdo: Eduardo IV recibía setenta y cinco mil escudos y una renta vitalicia de cincuenta mil por su renuncia a la corona francesa y a toda pretensión sobre territorio francés. El tratado de Picquigny (agosto 1475) era el broche jurídico de una guerra que de hecho había terminado veinticinco años antes.

Un tan largo conflicto no podía dejar de marcar profunda huella, ya no solamente en la historia de los países afectados, sino en todo el occidente europeo y aun en el oriente. En efecto, se ha señalado que sin la guerra de los Cien Años el occidente cristiano hubiera podido detener la ofensiva turca en los Balcanes y evitar la caída de Constantinopla. De todas formas es aventurado adentrarse en el terreno de lo que hubiera podido ser. Es mejor limitarse al campo de lo que fue. Y lo que fue es pródigo en toda suerte de consecuencias, lo mismo en el terreno político que en el económico-social. En el primero, lo más notable fue la consolidación de la Casa de Borgoña, factor de incalculables consecuencias para la historia europea posterior, y la larga época de turbulencias en Inglaterra conocida con el poético



nombre de guerra de las Dos Rosas, pero que, en realidad, tuvo tan poco de poesía como exceso de malicia y crueldad. Pero esta guerra civil, tan aciaga para Inglaterra, puso a Francia a cubierto de nuevas invasiones inglesas y aseguró la paz definitiva, como acabamos de ver.

En el orden interno, la guerra reforzó en Francia el autoritarismo monárquico. Sin la guerra, ¿habría prosperado el ensayo parlamentario de Esteban Marcel? Nos encontramos nuevamente ante lo que hubiera podido ser. El hecho es que no ocurrió y que las reformas centralizantes y militares de Carlos VII, junto con el prestigio de la monarquía, que había conseguido realizar la liberación del suelo patrio, vigorizaron la autoridad real. Los Estados Generales continuaron siendo un órgano exclusivamente financiero y aun en este aspecto nunca tuvieron una gran importancia.

En cambio, en Inglaterra la guerra, sobre todo la guerra civil subsiguiente, y el desprestigio de la monarquía reforzaron el parlamentarismo. Igualmente desprestigiada, además de arruinada y diezmada, la alta no-



LA FORTUNA DE LA CASA DE BORGOÑA

Una de las consecuencias políticas más notables de la guerra de los Cien Años fue la consolidación de la Casa de Borgoña. La línea de los antiguos señores feudales de Borgoña se extinguió en 1361 al morir, víctima de la peste, su último representante, Felipe de Rouvres. Borgoña revertió a la corona francesa en la persona del rey Juan II el Bueno. Pero este imprevisor monarca, de feudal y caballeresca mentalidad, enajenó nuevamente Borgoña al concederla a su segundo hijo, Felipe, para premiar su bravura en la batalla de Poitiers. Felipe de Borgoña (Felipe el Atrevido) fue un gran político; su matrimonio en 1369 con Margarita, heredera de Flandes, hija del duque Luis de Mâle, uniría Flandes y Borgoña. He aquí uno de los hechos fundamentales de la historia política europea bajomedieval.

Felipe el Atrevido estuvo muy unido a su hermano el rey Carlos V el Astuto en la lucha contra los ingleses. Carlos V bendijo la boda de su hermano, en la que vio la extensión de la influencia francesa a Flandes y el afianzamiento de la adhesión de este país a la corona de Francia. Difícilmente podía prever que el engrandecimiento de Borgoña sería fuente inagotable de males para la monarquía francesa.

Después de la muerte de Carlos V (1380), Felipe el Atrevido fue uno de los "tíos del rey", es decir, uno de los regentes de su joven sobrino Carlos VI el Loco. La libre disposición de los recursos de Francia le permitió realizar la campaña de Flandes de 1382 contra los comuneros flamencos y restablecer en el trono de este país a su suegro Luis de Mâle, tras la victoria de Roosbeke y el incendio de Courtrai. Asimismo la colaboración francesa en la guerra de Güeldre, en apoyo de Juana de Luxemburgo, le valió de la agradecida duquesa el Limburgo y el Brabante, primer paso del engrandecimiento de Flandes hacia el Norte (1385). Felipe el Atrevido murió viejo en 1404 y su memoria la inmortaliza el cincel de Claus Sluter en la cartuja de Champmol.

Su hijo y sucesor, Juan Sin Miedo (1404-1419), continuó aprovechándose de la colaboración francesa para sus luchas en Alemania. En 1407, el asesinato de su primo Luis de Orleáns le convirtió en el dueño de Francia, en pugna con los *armagnacs,* pero su intento de captarse las masas populares parisienses (protección al movimiento de Caboche) acabó por enajenarle las simpatías de la burguesía y la universidad de París, que se pasaron al bando armagnac. Fue entonces (1414) cuando el duque de Borgoña se alió secretamente con los ingleses, quienes, gracias a la convenida inactividad del duque, pudieron desembarcar en Francia y obtener el gran triunfo de Azincourt (1415). Juan Sin Miedo volvió a ser el dueño de París y de la voluntad del monarca, pero su juego no tardó en ser descubierto. Sus rivales armagnacs se reagruparon alrededor del delfín (futuro Carlos VII) y siguió la lucha entre ambas facciones, hasta que en 1419 la vida de Juan Sin Miedo acabó en Montereau de un hachazo en el cráneo de manos de un caballero devoto del delfín.

La tragedia de Montereau acabó de echar a Borgoña en brazos de los ingleses. El nuevo duque Felipe el Bueno (1419-1467), hábil político, continuó engrandeciendo a Flandes y obtuvo sucesivamente, por la diplomacia o por el dinero, el condado de Namur (1421), Hainaut, Holanda y Zelanda (1428), Brabante y Limburgo (1430), Luxemburgo (1432) y, en fin, el protectorado de los obispados de Lieja, Cambray y Utrecht, conjunto de dominios que empezó a designarse con el nombre de Países Bajos. En cuanto a la guerra, cuando, gracias a la reacción personificada por Juana de Arco, adquirió un giro desfavorable para los ingleses, buscó una aproximación con Carlos VII, que desembocó en el tratado de Arrás (1435), del que sacó la tajada de las ciudades del Somme, Auxerre y Bolonia y, sobre todo, la dispensa del homenaje al rey de Francia, que le convertía en un verdadero monarca. Es posible que influyera en la decisión del duque el impacto de la Doncella de Orleáns, de cuya muerte podía sentirse responsable.

Aun sin adoptar el título real, el duque de Borgoña era uno de los soberanos más ricos y poderosos de Europa. La corte de Dijon era una de las más fastuosas y cultas de Occidente, y sus estados de Flandes y Borgoña fueron la sede de un notabilísimo movimiento cultural y artístico. Sólo por su prestancia física, dice el cronista Chastellain, Juan el Bueno parecía un emperador. En 1447, con motivo de su boda con Isabel de Portugal, creó la célebre Orden del Toisón de Oro. En fin, cuando en el memorable "banquete del faisán", en Lille (1453), se cruzó para combatir a los turcos, el mundo pudo creer por un momento haber encontrado el paladín del rescate de Constantinopla.

Al morir Juan el Bueno en 1467, después de un tan largo y glorioso reinado, sucedióle su hijo Carlos el Temerario (1467-1477), una de las máximas personalidades políticas de su tiempo. Laborioso y de una ambición sin límites, su férrea energía parecía traducirse en su rostro en el prognatismo que heredarían (el prognatismo, no la energía) algunos de sus descendientes españoles. Pero le faltaba la sangre fría, el cálculo y la habilidad de su padre, cualidades que, en cambio, le sobraban a su rival, el rey de Francia Luis XI, la "Araña Universal".

El francés supo enredar al gran duque de Occidente en los hilos sutiles de su diplomacia, si bien no pudo completar su obra de captar la herencia borgoñona mediante el casamiento de su hijo el delfín (futuro Carlos VIII) con la heredera, María, de Carlos el Temerario. Cuando éste murió oscuramente en Nancy, combatiendo contra el duque de Lorena (1477), María de Borgoña huyó a Alemania, donde casaría con el emperador Maximiliano de Habsburgo. Así la mayor parte del gran lote territorial de Borgoña-Flandes pasó a la Casa de Austria. El matrimonio del heredero de Maximiliano, Felipe el Hermoso, con la heredera de los Reyes Católicos españoles, uniría, en la persona de su hijo Carlos, los destinos de Flandes-Borgoña con los de España.

S. S. V.



bleza, los reyes no podían encontrar apoyo más que en la pequeña nobleza y la burguesía, es decir, las clases parlamentarias. Eduardo IV sólo pudo reinar dejando gobernar al Parlamento.

La guerra de los Cien Años incidió fatalmente con la ola depresiva general en Europa, a causa de la despoblación y el descenso de la producción originados por las terribles pestes de la segunda mitad del siglo XIV. Particularmente en Francia, que tuvo que soportar la guerra en su propio suelo durante tan largas etapas, el conflicto produjo efectos fatales, más que las propias operaciones militares, que en sí mismas no eran excesivamente mortíferas ni destructoras, aun siéndolo mucho más que las de las guerras caballerescas anteriores, por los excesos y brutalidades de las tropas mercenarias y el bandidaje endémico de militares y no militares. La estrategia de los capitanes de Carlos V (Du Guesclin y demás jefes de "compañías"), abandonando el campo y atrincherándose en plazas fuertes, contra las que se agotaban los ingleses, tuvo efectos devastadores para la campiña francesa.

El alza de los precios, a causa del descenso de la producción, y las cargas fiscales, cada vez más opresivas para el sostenimiento de los gastos militares, volvieron más exigentes a los señores territoriales respecto a sus vasallos campesinos, quienes, por otra parte, vivían constantemente bajo el temor de las bandas de *brigands*, de mendigos armados y de toda suerte de salteadores. Esta exasperación produjo la *jacquerie* y otros movimientos sociales ya referidos. En Inglaterra, a cubierto de las destrucciones de la guerra, pero igualmente afectada por las cargas de su sostenimiento, fueron estas últimas, la *poll-tax* especialmente, que pesaba sobre la población del campo, las que lanzaron a las masas de Wat Tyler a la revuelta de 1381.

En Francia, los "políticos" de Carlos V intentaron arbitrar remedios para las dolencias de la economía del país. Pero, faltos de una visión general, imposible de alcanzar en su época, sus medidas no produjeron más que resultados pasajeros y locales. La economía francesa se rehízo por sí misma con el tiempo, la paz y el trabajo. Las tierras abandonadas volvieron a ser cultivadas, los talleres reanudaron su labor y se reanimaron los negocios. Ya en tiempos de Carlos VII, un gran hombre de empresa, Jacques Coeur, dio un gran impulso al comercio internacional, que habría de continuar en los años posteriores.

En Inglaterra, la guerra arruinó las exportaciones laneras a Flandes. De treinta y dos mil sacos anuales exportados en tiempos de Eduardo III, se descendió a diecinueve mil en 1392, trece mil en 1412 y sólo ocho mil al final de la guerra. Las industrias flamencas buscaron otros mercados y los encontraron, especialmente en las lanas merinas castellanas. Tal fue la causa del sorprendente enriquecimiento de Castilla y del desarrollo de su marina cantábrica, lo cual explica su alianza constante con Francia y su rivalidad con Inglaterra. De todas formas, la industria textil flamenca decayó visiblemente y las grandes ciudades de Flandes tuvieron que buscar en el comercio una compensación. En cambio, en Inglaterra las dificultades de exportación de sus lanas y la competencia castellana produjeron el resultado de desarrollar su industria textil, destinada a un desenvolvimiento extraordinario. Al amparo de una decidida política proteccionista por parte de los monarcas York, surgieron en todas partes talleres textiles, distinguiéndose especialmente los tejidos de Norfolk o las lanas peinadas de Woorstead, objeto de exportación. Los puertos ingleses empezaron a desarrollar una actividad que preludiaba la posterior potencia marítima del país.



Fachada de la catedral de Reims y monumento a Juana de Arco. Cuando, el 17 de julio de 1429, Carlos VII era consagrado solemnemente rey de Francia, Juana declaró que su misión había terminado.

BIBLIOGRAFIA

Armitage, J.	*John of Gaunt, king of Castile and Leon, duke of Aquitane and Lancaster,* Westminster, 1940.
Bagué, E.	*Froissart,* Barcelona, 1939.
Calmette, J.	*L'élaboration du monde moderne,* París, 1934.
Heers, J.	*Occidente durante los siglos XIV y XV. Aspectos económicos y sociales,* Barcelona, 1968.
Pirenne, J.	*Período de grandes crisis y guerra de los Cien Años,* en "Historia Universal", del mismo autor, Barcelona, 1968.
Pirenne, H.; Renaudet, A.; Perroy, E.; Handelsman, M., y Halphen, L.	*La fin du moyen âge* (2 vols.), en la col. "Peuples et Civilisations", París, 1931.
Reglá, J.	*Navarra. Reinados de Carlos II el Malo y Carlos III el Noble,* vol. XIV de la "Historia de España" dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, 1966.
Russell, P. E.	*The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II,* Oxford, 1955.
Schneider, F.	*El nacimiento de los estados nacionales,* vol. IV de la "Historia Universal" de Walter Goetz, Madrid, 1946.
Suárez Fernández, L.	*Castilla (1350-1406),* en el vol. XIV de la "Historia de España" dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, 1966. *Navegación y comercio en el golfo de Vizcaya,* Madrid, 1959. *Intervención de Castilla en la guerra de los Cien Años; Juan I, rey de Castilla (1379-1390),* Madrid, 1955.
Valdeón Baruque, J.	*Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371),* Valladolid, 1966.



Salida de los soldados franceses durante el sitio de Compiègne (Biblioteca Nacional, París). En una de estas salidas, Juana de Arco fue hecha prisionera por los borgoñones, quienes acabaron por venderla a los ingleses, iniciándose así sus famosos proceso y ejecución.